



MERINO, José Luis
Hablan los artistas

Bilbao : Editorial Avance, 2013
 670 p. : il. ; 21 cm.
 ISBN: 978-84-616-2995-4

En la solapa de este voluminoso libro *Hablan los artistas* se dice que el autor del mismo tiene "muchas edades. Ahora tiene la edad que representan sus palabras". Quizá querían decir que el autor, José Luis Merino (1931) es artista o, mejor aún, *muchos artistas*, porque cuando uno termina el libro sólo ha oído al autor, ese múltiple sujeto que se interroga a sí mismo en docientas ocasiones. José Luis Merino es un hombre comprometido con la difusión del arte en Bilbao desde su juventud. Creó y dirigió desde el 7 de noviembre de 1964 la galería de arte *Grises*, en los duros años del franquismo hasta 1970, con el dinero de su bolsillo, sin ayudas institucionales de ningún tipo. Fue miembro fundador del grupo de teatro *Aquelarre*, en 1966, que luego se consolidó con Luis Iturri a nivel nacional, y años después fue co-fundador de *Herriak*, una de las pocas librerías de *agit-prop* en la capital de Vizcaya.

A nivel personal tengo un recuerdo imborrable del Merino de *Grises*. La galería estaba a cien metros del colegio Santiago Apóstol donde yo finalizaba el bachillerato y así tuve la oportunidad de ver en vivo, no en libros, la obra Miró, de Gordillo, de Saura, de Sistiaga, de Equipo Crónica, los artistas cinéticos de París, etc. La galería era diminuta y la personalidad de Merino afable, desbordante, y enormemente cordial hacia unos chavales que teníamos interés por aquellas cosas. Agradezco a Merino, utilizando unas palabras del gran escritor cubano Luis Lezama Lima, esa "respiración tan cordial en torno a un texto" o en torno a una pintura, que él prodigaba, contagiando el entusiasmo. Precisamente la exposición de *Paradiso* con páginas colgadas en la pared de la novela del cubano en 1970 me introdujo en su excelente literatura, en el Barroco y en la amistad con Severo Sarduy, como señalé en *7 escolios sobre Metodología* en el homenaje que se le hizo a éste en la exposición en el Museo Nacional Reina Sofía de Madrid en 1998.

Después de jubilarse de la librería Merino se ha prodigado en los medios de comunicación como crítico de arte, de toros, de fútbol, etc. También en el comisariado de exposiciones en el ámbito local, y en los últimos años ha publicado asimismo *70 artistas vascos* (Avance Proyectos, 2005), y *Habla Oteiza* (Avance Proyectos, 2008), donde se publican las charlas con Oteiza en el periodo 1995-1998.

Desgraciadamente los años no pasan en balde y a veces hay vinos que maduran y otros que se pierden por sus propias burbujas. Es el caso del hoy asidrado José Luis Merino que ha ido progresando en su neurosis de escriba y en sus manías persecutorias, pero también en un excesivo número de páginas diarias que necesitaba eyacular para sentirse vivo. Un conjunto de este desenfreno es el que ahora tenemos entre manos.

Leopoldo Alas Clarín en un ensayo titulado *Los grafómanos*, hace ya cien años señaló que "Es el grafómano aquel individuo que tiene «la manía de escribir», hombre de temperamento alocado a quien le da por escribir". Recientemente Ángeles Ezama, glosándolo, ha añadido que el grafómano practica esta manía de escribir cartas y críticas a todas horas "... a despecho de las otras muchas ocupaciones de su existencia; vanidoso hasta el extremo, suele escribir de balde, y le gusta escribir «largo y tendido», hace uso de títulos largos, afectados y tópicos y su efecto sobre la literatura pernicioso".

En este libro no hablan los artistas, habla sólo el autor, o mejor dicho se mira continuamente al espejo diciendo frases de tipo poético, sin ninguna trascendencia, nada más que la posible intención lírica, o mejor dicho narcisística de un pasar por gran escritor lírico. El libro consta de cien entrevistas a cien artistas vascos o que viven en el País Vasco. No hay en él biografías de estos artistas, ni datos de sus respectivas edades, o de su obra, ni de cuándo ni dónde se ha celebrado la entrevista, ni el por qué de esa entrevista.

Algunas de ellas son soliloquios mutuos, por ejemplo, con Massimiliano Tonelli, un diálogo de carmelitas, o con José Ramón Morquillas, una escena en que se representan como si fueran Goethe y Schiller y nosotros pobres no les hayamos reconocido el genio; con Antón Hurtado un diálogo de perroflautas. La mayor parte de los sufridos entrevistados no saben de qué va el circo. Así dos artistas, de origen *cashero*, que saben lo que hacen, que no gustan de la retórica, le responden claramente. El escultor José Angel Lasa a la pregunta "*¿El arte es un manantial dentro del mar, el agua diferenciándose del agua?*" le responde como lo hubiera hecho Adolfo Guiard hace un siglo: "Si un manantial dentro del mar quiere decir que el arte pasa desapercibido en el conjunto, prefiero que sea una sardina" (página 335). El pintor Erramun Landa le responde más tajantemente a sus sinsentidos y al grupo que le jalea: "la humildad para el trato diario ha perdido su partida con la autosuficiencia. En un hueco de artistas tiene todavía un espacio limitado al diálogo entre muy pocos. Ver a unos pintores autosatisfechos es denteroso. Se reúnen para reafirmar sus jerarquías y entre ellos no se menciona la duda".

Otros artistas, que le conocen ya de antes, son más cautos y le responden con su propio discurso, es decir, de dónde vienes, a dónde vas, manzanas traigo. Carmelo Ortiz de Elguea, Ignacio Goitia y otros muchos hablan de sí mismos y no contestan directamente. El guipuzcoano Jesús Mari Lazkano a la pregunta "¿Pintar un paisaje es un género narrativo?" le responde "No sé cuando un cuadro es un paisaje. No se donde ni porqué un género acaba, empieza o se transforma en otro" (página 339) y después lo deja de lado con un buen bagaje académico.

Las más contundentes con el sinsentido de las preguntas de Merino son las mujeres. Pongo tres ejemplos. Iratxe Larrea que parece que se da cuenta de la locura del grafómano "*Qué es lo más grande en lo más pequeño?*", responde "¿Una adivinanza? ja ja... no sé, un sentimiento o una emoción supongo" (página 332). Más contundente se muestra Isabel Garay que a "*¿Mirarse demasiado en el espejo es verse para afirmarse, el culmen del querer y un llegar casi a tocarse?*" responde escuetamente "Es una pregunta sin interés para mí". (página 231). La mas coetánea del grafómano es la donostiarra Esther Ferrer que a la pregunta "*¿Lo más esencial de la vida puede consistir en quemar preguntas mientras uno está vivo?*" contesta "No he tenido nunca vocación de pirómana y, por supuesto, después de muerta, resulta todavía más difícil quemar preguntas o lo que sea". Y después a la pregunta "*¿Donde se detienen los historiadores de arte, cansados de no saber nada, aparecen los poetas y adivinan?*" le contesta sin meterse con los historiadores: "los poetas no adivinan, ven donde los otros son ciegos, intuyen el camino y lo crean. ¿No dijo Machado, caminante no hay camino se hace camino al andar?" (página 227).

Esta forma de hacer libros a base de entrevistas es una actividad del grafómano Merino que arranca en su época de librero. El contacto con los libros y con la presencia de escritores en *Herriak* despertó en él el deseo y la necesidad de escribir a toda costa. Rodeado de comunistas y anarquistas, hizo el papel que a Jorge Semprún le adjudicó la Pasionaria, fue "la cabeza de chorlito" de la librería. Seguramente aquí se le contagió ese afán de escribir, pues era ágrafo y en aquella época no había talleres de escritura creativa. Aquí pasó de escribir cartas para conectar con artistas como hacía en *Grises*, a escribir todos los días lo que fuera. Pasó de "contemplar" en la galería a competir con el santotrés Luciano Rincón (1932- 1993) y con el que fuera. Por eso el libertario Emiliano Serna (Baracaldo 1915-2007), el gerente de *Herriak*, que había sido secretario de la Asociación artística vizcaína y secretario de la Sociedad El Sitio, escribió sus memorias *Un anarquista de Salón* (Bilbao 1996), repetitivas pero bellamente escritas, antes que las hiciera Chorli o Colorines.

Este problema de enviar cartas con entrevistas a escritores famosos para hacer luego libros le viene de esta época. Si el escritor le contesta estupendo, tiene una carta o un texto gratis de un ilustre, y si no lo hace, pues también, porque escribe dos folios contándolo y poniéndole verde. Es el caso que le sucede con el escritor Javier Marías. Este le responde educadamente que no está dispuesto a contestar su cuestionario, dándole razones, como: "El problema es que el tipo de preguntas que incluyes en tu cuestionario es justamente el tipo de preguntas que no soporto y que me hacen no contestar nada sino simplemente negar la pregunta. '¿Un gato es una noche que duerme sobre las catedrales?', algo poético, que me impelería, si acaso, a hacer alguna chanza al respecto. Me temo que como entrevistador y entrevistado no estamos hechos el uno para el otro". El librero guarda la contestación primero como un tesoro literario, y segundo como un documento para hacer artículos y para dar leña, mientras le compara con aquellos que le han contestado como José Angel Valente. En su propio blog (29 octubre de 2012) Merino, cabreado con Javier Marías, sentencia "Las mejores entrevistas son aquellas fabricadas como sesiones de tiro al plato y un ruido de fondo de maletas arrastradas".

Sorprende, sin embargo, que en su entrevista con el pintor Bonifacio, al que conoce de muchos años, y cuyo temperamento era fuerte y sincero, nuestro grafómano, no saca de la chistera ninguna pregunta pseudopoética ni surrealista. Con Bonifacio, un Falstaff con la tranquilidad que da pensar que «todo en la vida es burla», no hay preguntas sin sentido. Merino sabe que al donostiarra no se le puede ir con esos cantos de sirena. El libro en definitiva no es un libro sobre los artistas vascos, es un libro de patología del yo. No hace falta estudios freudianos para ver el carácter del "yo, me, mi para mi conmigo", el yo me lo guiso, yo me lo como, del autor.

Lo que nos lleva a un análisis de la falta de crítica en el mundo del arte en el País Vasco de los últimos decenios. A principios del siglo XX o mejor en los años veinte cuatro buenos observadores de la realidad definen y delimitan la producción de los artistas vascos, por una parte Crisanto de Lasterra, un abogado sin ejercicio que escribe en la prensa nacionalista y que después de la guerra, cambiando su chaqueta política, es director del Museo de Bellas Artes de Bilbao, y desde el que se inventa biografía de Paco Durrio. Otro es Joaquín Zuazagoitia, un buen escritor y mejor conversador, que tras la guerra deja sus inquietudes anarquistas para convertirse en alcalde de Bilbao. El tercer crítico es Juan de la Encina, que será director del Museo de Madrid y se exiliará en México, cuyos escritos han resistido el paso del tiempo. La cuarta buena pluma de esa época es el escritor Estanislao María de Aguirre, nietzscheano de múltiples lecturas y fundador de la Asociación de Artistas Vascos. Tras haberse alistado con los socialistas con dos de sus hijos, aunque no le correspondía ir al frente, este diletante de buena pluma y mejor ojo pasa una postguerra inadvertido. Es el más coherente de todos, la mejor prosa y desde luego el que acierta en sus críticas. Tras la guerra civil y digamos hasta la Transición no hay crítica sino una crónica del letargo positivo en que vive todo el país, donde la única pluma que destaca es la del abogado Javier de Bengoechea, en sus últimos años director del Museo de Bellas Artes, y asimismo crítico de toros *Tabaco y Oro*, para una etapa donde no hay ni oro ni buenos habanos.

Después, digamos en la "edad de Oro de Oteiza", para entendernos con la historiografía al uso en la Universidad del País Vasco, surgen simplemente adláteres y hagiógrafos del escultor de Orio, principalmente refugiados en la Universidad, y con el cosmopolitismo que ésta requiere muy versados en el *Zeitgeist* de su época, desconociendo quien es Lucio Fontana o qué son las cajas metafísicas de Robert Jakobsen. Así la sociología del Guggenheim la hace un fenómeno de la antropología desde la Universidad de Reno y la sociología del pensamiento oriental otro desde la Facultad de Vitoria. Entre este nivel de crítica especializada aparecen fenómenos de pluma ágil, correcominos que se mueven en la prensa diaria, por ejemplo, este *globetrotter* que va del Deia al País, al Mundo, a la Gaceta, al Bilbao. "En España el grafómano se ha aprovechado de la pobreza general de las empresas literarias y, especialmente, de las periodísticas, para llegar a tener mas importancia que en otros países" son palabras de Clarín. Como he dicho al principio Merino es un personaje al que